

con > vivencias

El oficio de ser hombre

Alexandre Jollien



Octaedro 

con vivencias

El oficio de ser hombre

Alexandre Jollien



Octaedro 

Índice

La fuerza del débil

Prólogo

- I. De un alegre combate
- II. De la unicidad del hombre
- III. Del sufrimiento o el arte de izar las velas
- IV. Del cuerpo
- V. Lo que deforma
- VI. Mi semejante que me quiere distinto
- VII. El oficio de ser hombre

Sobre el autor

Alexandre Jollien

El oficio de ser hombre

Prólogo de Michel Onfray
Traducción de Manuel Serrat

Octaedro 

La fuerza del débil

Alexandre Jollien sufrió —digámoslo así— un accidente de nacimiento. Estrangulado por el cordón umbilical, durante un breve pero excesivo instante, se encontró con la muerte en esos minutos inaugurales que suelen consagrarse a la epifanía de la vida. Puesto que le faltó oxígeno a su cerebro, lleva en él, con él, en las profundidades de su materia gris, la huella del aliento de la muerte que, día tras día, en los detalles, se manifiesta en un modo de andar, en una elocución y unos gestos que no se parecen a los de los demás. Tampoco su inteligencia, por otra parte, se parece a la de los demás: aguzada, punzante, viva, entrenada, hábil, y con razón, descubre el menor signo bajo la piedra y descifra el menor soplo de sentido se encuentre donde se encuentre. Desbordando un cuerpo que responde con más lentitud a las incitaciones del mundo, Alexandre Jollien despliega un pensamiento claro, lúcido y vidente.

Este joven ladrón de fuego, de miembros torpes, propone un nietzscheísmo que, sin parecerlo, supera las defectuosas lecturas de aquellos que claman, en voz alta y fuerte, su rechazo al filósofo del águila (por la clarividencia de la mirada) y la serpiente (por el vientre en contacto con la tierra, con lo real y con el mundo). Lejos del nietzscheísmo caricaturizado como filosofía de la brutalidad, de la inmoralidad y de la inhumanidad, Alexandre Jollien afirma un nietzscheísmo de la dulzura, de la moral y de la humanidad —virtudes siempre presentes en el pensador alemán—. Dulzura que reclama la fuerza y, por lo tanto, rechaza la violencia; moral que supera la moralina en nombre de una ética más exigente; humanidad que sobrepasa el humanismo de las buenas intenciones en beneficio de otra consideración de los hombres. Pues Nietzsche inaugura, en filosofía, el proyecto de romper con el odio a la vida infundido por el judeocristianismo en nuestro fatigado Occidente. Y Alexandre Jollien, que podría odiar la vida más que cualquier otro, no amarla y refugiarse en las virtudes que empequeñecen, no deja de transfigurar su hápax existencial —esta ocurrencia corporal a partir de la que se dispone toda una vida— en ocasión de paz, de serenidad y de alegría. En este libro, la escritura transfigura el dolor en oro puro de una confesión, en el sentido agustiniano, porque contribuye al advenimiento de una palabra libre, singular, subjetiva, por lo tanto, universal. Lejos de ser odioso, el Yo se convierte aquí en materia del mundo y en medio de una salvación pagana.

Alexandre Jollien transforma esta debilidad nombrada por los otros en una fuerza formulada por él, para él. Volviendo como un guante la mirada del otro, a menudo dura, despectiva a veces, negadora con frecuencia, falsamente olvidadiza o vanamente compasiva, da una visión de la realidad que obliga a los más arrogantes a renunciar a su altivez. Ojo de cirujano, de anatomista, ojo de entomólogo y de legista, ojo de moralista —el de las grandes fieras de la psicología al estilo de Chamfort—, ojo de fuerte que se apoya en la debilidad para transformar esta geografía de los abismos en cumbres donde se encuentra Zaratustra andando por el azur, el ojo de Alexandre Jollien dispone de una

auténtica pupila de filósofo.

Afirma la inanidad del dualismo platónico: no está el cuerpo (detestable) por un lado y el alma (venerable) por el otro, pues el cuerpo es el alma —el alma es el cuerpo—. Su filosofía procede pues de esta idiosincrasia personal, subjetiva: reconocimiento de un cuerpo, autobiografía de todo pensamiento, confesión de una carne, escritura de sí mismo con su propia sangre. Uno no escapa de las genealogías corporales... Pienso que soy, y nada más me parece posible, pensable o factible. Y lo que soy proporciona luego materia a lo que pienso. Cógito existencial imparabile e irrefutable, materia prima de cualquier empresa filosófica.

Este libro corto, denso, magro (no hay artificios de estilo o de escritura, el mero gesto de escribir le resulta penoso) —debussyista podríamos decir—, formula un tipo de versión postmoderna del estoicismo. Un tipo de superestoicismo —si debiéramos hablar en términos nietzscheanos— que se caracteriza por una ausencia de odio (a uno mismo, a los demás y al mundo); nada de resentimiento (contra quien sea o lo que sea); ni la menor cólera (contra Dios, el destino, la fatalidad, la medicina o la suerte). En cambio, una inmensa, una increíble adhesión a la vida. Una coincidencia visceral con lo que es: la maldición de una debilidad infligida se convierte en la suerte de una fuerza creada. Alexandre Jollien proporciona aquí la fórmula inaugural de un tipo de relectura de las sabidurías del Pórtico.

MICHEL ONFRAY

A Corine.

A Jean-Marc Flükiger y a Dominique Rogeaux.

Este libro no habría visto la luz sin el apoyo incondicional de Jean-Claude Guillebaud, André Gilloz y Pierre Carruzzo.

El hombre que ha escrito este libro puede contar, día tras día, con amigos que le acompañan en su alegre combate. Las líneas que siguen les deben mucho. Gracias pues a mis padres y a mi hermano, Franck. Gracias a Yvette, Marie-France y Hector Smith, Marie-Madeleine, M.F. Clément, Étienne, Jean-Philippe, Massimo, D. Nelis, Antoine, Patrice Héritier y Nicolas de Preux. Gracias también a Josiane y Michel que me abrieron las puertas de la librería C'est écrit. Así, en compañía de otros bibliófilos, he afrontado las mil dificultades que transforman a menudo el teclado de mi ordenador en un obstáculo infranqueable.

Toda mi gratitud, en fin, a todos los seres, y son numerosos, que me invitan con discreta insistencia a lanzarme a la singular aventura del oficio de hombre.

Prólogo

Uno no nace hombre, se hace.

ERASMO DE ROTTERDAM, *OBRA ESCOGIDAS*

Me gustaría unir mi voz, mis preguntas, a las del autor del *Elogio de la locura*, buscar a tientas y hacer una visita —sin preocuparme por la exhaustividad y al albur de las necesidades— a los filósofos que nos precedieron para tomar de ellos, aquí y allá, algunas herramientas. ¿Por qué? La exigencia de lo cotidiano obliga a utilizarlo todo para arriesgarse a la singularidad, asumir un lugar en el mundo, salvar la piel. ¿Risible proyecto? ¿Locura pretenciosa? Tal vez. Mi condición me lleva, sin embargo, a armarme. Reveses de la suerte, fracasos, dificultades con las que uno va a construir una vida, todo invita a recoger el implacable desafío: uno no nace hombre, se hace...

Soy un discapacitado. Andares bamboleantes, voz vacilante; hasta mis gestos más ínfimos son los abruptos movimientos de un director de orquesta cómico y sin ritmo: este es el retrato del tullido.

En esta búsqueda, la experiencia de la marginalidad puede abrir alguna singular puerta a nuestra condición. Salir al encuentro del débil para forjar un estado de espíritu capaz de asumir la totalidad de la existencia, esa es la intuición fundamental y azarosa de este periplo, deseemos que juguete.

Última precisión: cuando empleo la palabra «hombre», incluyo evidentemente... a la mujer.

I. De un alegre combate

La existencia procede de la lucha, demasiado lo sé.

En la esquina de la calle, el autobús se perfila. Cae la noche. Beso por última vez a mis padres. Las puertas eléctricas me devoran ya. Cada vez pienso que me arrancan para siempre de mi familia. Viene luego el olor tranquilizante de los asientos, la moqueta áspera y seca, el estrecho pasillo, los nauseabundos ceniceros. Rápidamente, elijo un lugar junto a la ventana para consagrar los últimos minutos a llenarme el espíritu de imágenes, las de mis padres. Nada existe ya salvo estos dos rostros.

Nada puede oponerse a la partida, lo sé. Por lo demás, el autobús nunca tarda en arrancar. ¡Deprisa, siempre demasiado deprisa! Un muchachito sigue mirando a sus padres. Daría cualquier cosa para que el cristal se rompiera, para que se detuviera el vehículo de su desgracia. Ya solo forman un punto que se desvanece en la lejanía, allá abajo.

El niño piensa en su suerte. Pase aún lo de ser un tullido, ¿pero por qué le privan de sus padres? No lo comprende. Recuerda con fuerza los acontecimientos que, domingo tras domingo, recomienzan como un ceremonial: primero quedarse en la cama hasta tarde, entre el padre y la madre, atento a sus sencillas palabras. Los cuentos de hadas nacidos de su imaginación tienen la misión de llevar su espíritu muy lejos, lo más lejos posible de ese día maldito. Más tarde, por la mañana, observo los graciosos movimientos de mamá. Se atarea finamente en la cocina. Estamos juntos... Disfrutando la vida familiar, me siento casi feliz al saborear, por algún tiempo, discretos encantos, sencillas alegrías, todo lo que va a faltarme durante la semana.

El estofado, incluso cocinado por mamá, exige una penosa masticación. En esa rumiación percibo el símbolo de la jornada que lleva ineluctablemente a la separación. Cada instante con mamá lleva indefectiblemente el sello de una ausencia muy próxima. Interminable, la espera amenaza cada minuto y pesa. Con los ojos clavados en el reloj, paso la tarde soportando la vanidad del presentador de televisión, triste augurio insensible. Y luego, las insípidas y estériles series, *La escuela de los fans*, minutos y minutos amasados con descorazonada espera. Cuando dan las seis de la tarde, el coche familiar abandona la amada casa para dirigirse a la ciudad y a su estación. El padre bromea para que nos relajemos, en vano. Ante el enorme edificio, familias, afectadas también por la disminución, aguardan el autobús que se encarga de llevarnos al internado. Se desgranán los segundos, lentos y dolorosos. Pero en mi recuerdo, sin embargo, parecen siempre demasiado cortos cuando la espera llega a su fin.

Entonces, cuando estalla junto a mí el alegre balbuceo de un amigo, soy violentamente arrancado de la ensoñación. Preguntan si todo va bien. Con un nudo en la garganta, me

veo obligado a abandonar el contacto del helado cristal. Pronto, las miradas de unos y otros se cruzan: esos rostros luminosos me acogen. Todos intentan conjurar la pena, todos comparten la extraña condición: el enano sonríe con toda su boca, el mudo monta un gran jaleo. Solo el paralítico sigue mirando aún el punto que forman los suyos.

No, no soy el único que comparte ese destino. El nudo en la garganta se deshace, se reanudan las complicidades. La otra vida, la de verdad, recupera por la fuerza sus derechos. He aquí lo que dicta el precoz encuentro con el aislamiento y la soledad: es preciso que eso sirva. ¡Al combate! Debo aprovechar la vida, encontrar la alegría, de lo contrario estoy perdido. ¿Pero cómo, cómo?

•••

Muy pronto ya, la existencia se anunció como un combate. Los primeros años de mi vida los consagré a la educación de la bestia, a la adaptación de un cuerpo reticente. La larga serie de sus disfunciones exigía mil esfuerzos, había que emplear cuerpo y alma, afrontar los falsos movimientos, dominar los espasmos, evitar las caídas, aguardar el mañana sano más que salvo. A menudo, lo irremediable ganaba terreno, a menudo parecía aniquilar el presente. Cada mañana recomenzaba el combate, las estrategias se aguzaban. La resignación hostil, obstáculo temible y reconocido, quedaba prohibida. Ninguna astucia, ningún esfuerzo podían ahorrarse. Lejos de entristecerme, esta lucha entregada me proporciona, sin tregua y de modo inesperado, una alegría auténtica que, como siempre, recuperé junto a los compañeros que me rodeaban. Sosteniendo la moral de ese singular grupo, el júbilo iba a coronar y a transformar en triunfo cualquier progreso, cualquier éxito, aun el más insignificante.

Lo que enseña la etología, el tullido lo experimenta constantemente: los seres orgánicos están obligados, para sobrevivir, a combatir sin cesar contra su estado. Deformes, enanos, cojos, terapeutas, paralíticos, este es el medio en el que tenía que luchar y progresar. Curiosa paradoja: muy a menudo, las situaciones más precarias disponen a la lucha. Impidiendo la pasividad, incitan al desafío. Uno puede perfectamente resignarse a un dedo cortado, a cierto ceceo, a las orejas despegadas o, incluso, a los pies planos. Pero para algunos que, bajando la guardia, se condenarían a una existencia marginal, a la muerte incluso, es peligroso abandonarse.

Primero, mantenerse de pie, ¡la literatura después!

Por mi parte, la perspectiva de caminar recto da alas. Sin motivo, es cierto, el combate parece vano y el esfuerzo desprovisto de utilidad. Quien guerrea con las mil pruebas del día, quien tensa totalmente su voluntad para efectuar el más anodino gesto cotidiano, apenas entrevé el aspecto liberador de la cultura. Lo que a algunos les parece pereza se debe, muy a menudo, a la ignorancia y a la desesperación. El inevitable Maslow¹ afirma que «cada individuo aspira a satisfacer distintos tipos de necesidades, de las más primarias —las necesidades fisiológicas (hambre, sed, sueño, etc.)— a las más esenciales, la realización de uno mismo. Las necesidades superiores solo pueden aparecer si las necesidades inferiores están ya satisfechas». Para el completo ignorante que era yo, la escuela parecía proceder de un irrisorio lujo. ¿Cómo, relegados al rango de trabajo forzado, la lectura y el cálculo podían aportar la menor ayuda a un aprendiz de bípedo que multiplicaba los esfuerzos solo para mantener un precario equilibrio? La marcha o el dominio del tenedor dejaban atrás, y con mucho, el silabario y la aritmética elemental.

¹. Abraham Maslow, *El hombre autorrealizado: hacia una psicología del ser*, Kairós, 1998.

En mis esfuerzos, me sentía acompañado. Una breve mirada a un vecino me indicaba que la lucha no solo se extendía a todos mis compañeros, sino a todo el género humano.

Ahora bien, la vida junto a los demás pronto exigió un nuevo combate: vivir en común. El patio del recreo ofrecía un extraño espectáculo al recién llegado. Con casco (para evitar la conmoción), deambulaba yo entre cojos, zigzagueaba a pesar del sentido común entre las sillas de ruedas, intentaba entenderme con la sorda. El desaprovechado carácter de esas abolladas existencias se impuso, al final. A través de las ramas de los árboles, me arriesgaba a veces a presentir el otro mundo, la ciudad, los curiosos, los demás... Bajo el casco, mil interrogantes, en los labios una sola frase, vacilante: ¿por qué?

La incomprensión obliga a utilizarlo todo para escapar de la absurda crueldad del momento y ofrecerle una franca resistencia.

Así, con estas palabras en los labios, regresaba, solo, a mi patio. Entre juegos, expulsaba la tristeza. La compañía acabó por ayudarme. El apoyo incondicional, las muestras de afecto que recibía me incitaron entonces a dar también yo, pero esa «filantropía» principiante se situaba, sin excluirla por ello, más allá de cualquier moral. Un espíritu apesadumbrado solo verá en este vínculo la expresión de una alianza generada, ante todo, por la adversidad. De acuerdo, ¿pero impide eso que una auténtica amistad se injerte en ella y que la supere? En medio de los gritos, los llantos y las carcajadas, aprendí la vana y estéril crueldad del egoísmo, la sencilla dulzura del gesto consolador. Ante una suerte poco clemente, la unión suplanta la lucha.

•••

Seguido por muchas lecturas, un encuentro me enseñó el insospechado valor de un nuevo combate. Cerca de la pensión vivía entre libros un hombre de edad, el consiliario del internado. Oponía a su precaria salud una alegría soberana que ejerció en mí una curiosidad hecha primero de incomprensión, pero amasada muy pronto con admiración. Por primera vez tomaba conciencia de que el espíritu (o el alma, como se quiera) merece cierta atención. Adolescente, descubrí junto al anciano los encantos de la filosofía, las delicias de las *cosas del espíritu*. Desde entonces, dos hombres velaron a menudo a la luz de una estudiosa lámpara. Las discusiones eran vivas, se aguzaban los argumentos. Me armaba para la vida. Los ojos ya gastados abrían los del muchacho, los oídos que el ultraje del tiempo había tapado escuchaban sin complacencia los confusos rumores de un corazón henchido de incomprensión. Le contaba los dieciséis años de institución, mi angustia, la extraña sensación de pertenecer a otro mundo, a un mundo rico, apasionante por supuesto, pero difícil para el ser privado de aquellos a quienes amaba. El padre llenaba meticulosamente su pipa mientras el tullido seguía hablando, del internado, de los compañeros. En plena noche, en el cuchitril, yo aprendía a existir.

¿Y qué decir de los fulgores encendidos por aquel pensador discretamente ilustrado en un individuo preocupado sin medida por las exigencias de un cuerpo con mil averías...? En el ocaso de su vida, el sacerdote legaba su herencia, en plena admiración ante un cuerpo duro y tierno a la vez y ante un espíritu obscurecido por la prueba pero cuyas fuerzas sentía crecer. El hombre de mejillas hundidas, de dientes amarillentos, que muy pronto iba a morir, trabajaba conscientemente en el nacimiento de un proyecto del que lo ignoraba todo. La construcción del espíritu, esa sería en adelante la gran tarea, la tierra prometida. Había que encontrar el camino. Me consagraría a ello con voracidad.

Presentí que el nuevo estado, tan deseado, permitiría echar una mirada sorprendida a la realidad y salvar la piel de un prisionero de las trabas cotidianas. La lucha iniciada antaño contra la disfunción del cuerpo invadía el terreno tortuoso del pensamiento. Los ejercicios de pronunciación, los estiramientos musculares hallaban su prolongación en la delicada búsqueda de una identidad, en la elaboración de una personalidad. Ante la extrañeza de mi condición, tenía que pertrecharme. ¡Esa era la única evidencia en mi camino!

Más tarde, leyendo a Nietzsche, descubrí la misma sed, el mismo deseo. El filósofo que invita a la eterna superación de uno mismo me instruyó: para salvar mi piel, cada paso debe inventarse. Ponerme en marcha, eso es lo que exige la insostenible precariedad de mi ser.

Creo que esta tensión actúa en más de uno. Boris Cyrulnik confiesa haber estudiado psiquiatría para «arreglar cuentas». Tras haber presenciado la deportación de sus padres hacia un campo de concentración, del que escapó por los pelos, pone su talento al servicio del hombre. El médico etólogo se apresura a añadir que se trata de un noble

motivo. Cita a Pierre Feyereisen:² «Los niños, las mujeres, los extranjeros, los negros, todos los que han tenido que sufrir por los demás se convierten con frecuencia en mejores observadores que aquellos cuya personalidad se desarrolla sin ese esfuerzo de atención». En su diario hedonista, Michel Onfray³ emplea la misma expresión para ilustrar su vocación literaria. Enumera ilustres nombres que encuentran en su arte un medio para escapar a los antiguos demonios. Las adversidades encontradas constituyen así el terreno en el que se construirá la existencia. Sin culpabilizar a quienes solo difícilmente lo logran, limitémonos a referirnos a esas biografías que recuerdan que nunca nada está «perdido».

². Boris Cyrulnik, *Les Nourritures affectives*, Odile Jacob, 2000.

³. Michel Onfray, *El deseo de ser un volcán*, Perfil, 1999.

Fortalecido por ese nuevo proyecto, comencé pues a transformar la omnipresente precariedad de mi estado en una fuente, un agujón. La debilidad, esa fiel compañera, tomaba una nueva dimensión. En suma, intentaba asumirla: el mundo llevaría la marca de mi fragilidad, todo me lo señalaba. Pero una vez establecida esta curiosa observación, su azarosa conquista podía comenzar... con libertad y alegría.

Quien desde su nacimiento se codea con el sufrimiento o el dolor, inicia la existencia provisto de un realismo benefactor. En definitiva, avisado demasiado pronto de que la vida va inexorablemente acompañada de las penas, se sume con menos facilidad en el desaliento y, saboreando la necesidad del combate, reconoce y desbarata con más facilidad la crueldad de su adversario.

Recuerdo así la angustia que se apoderó de mí cuando, desamparados, mis padres no tuvieron más remedio que dejarme en el internado, entre niños afectados también por la minusvalía. La dulzura que se leía en sus rostros acentuaba, por contraste, la crueldad del momento. Por lo que a sus sonrisas se refiere, aumentaban más aún mi malestar. Instantes de una intensidad vertiginosa, en los que las entrañas parecen consumirse, las sienes estallar. El tiempo se inmoviliza, los puntos de referencia se derrumban, el universo se vacía... Luego, reaparece la calma. Una mirada intercambiada, una voz amiga reconstruyen lo que había sido enterrado. La sonrisa que vuelve entonces a los labios, vacilante, cercana al sollozo, recuerda que la lucha prosigue, que todos nos hemos embarcado, que cualquier alto sería fatal. Entre la espada y la pared, busco el medio de edificar un estado de ánimo capaz de salvarme la vida.

En un frío pasillo del internado, bajo la impersonal violencia de un fluorescente, experimenté por primera vez la obligación absoluta de dar sentido a cada experiencia. Cada uno de los seres que me rodeaban me ayudaría a afrontar la abrupta necesidad de la lucha. Durante toda mi vida —lo comprendí muy bien— trabajaría en construir sobre el dolor, sobre el vacío, sobre la amenaza sumergida, la alegría.

•••

Lejos de mí, el deseo de dominarlo todo, ¡me privaría de lo esencial! Ese deseo totalizador se debe, por lo demás, a la utopía, a un banal reflejo de salvaguarda. Pero puedo, al menos, prepararme. ¿Cómo? Tal vez observando a los seres heridos que comparten mi suerte. El esgrimista que brinca hacia su adversario efectuando algunas fintas parece encarnar la pura gracia, la pura gratuidad. Y sin embargo, cuántas horas consagradas al entrenamiento, al ejercicio, y que le convierten en tan diestro atleta. Su ligereza, su libertad nacen de un trabajo asiduo. En el terreno de la vida cotidiana, se requieren el mismo trabajo y la misma preparación. Tirar la toalla, resignarse equivaldría, utilizando una frase de Nietzsche, al sabbat de los sabbats, a la muerte. El hombre sigue siendo un ser inconcluso para quien todo debe ser conquistado. Una vez asumido el miedo, esta exigencia fascina. En ella reside sin duda una de las más hermosas grandezas del hombre, aunque su precio parezca desmesurado, por excesivamente opresivo.

Ante la gran incógnita del porvenir, se trata de esculpir (como un deportista esculpe su cuerpo) la existencia para asumir la totalidad de mi condición. Las experiencias más desgraciadas, como todos los instantes de júbilo, por otra parte, se convierten, es preciso, en una oportunidad para ser mejor. No se trata aquí de justificar el dolor ni los momentos vacíos que torturan y, a menudo, aíslan. Sugiero solo aprovecharlos para que no prevalezcan. La tarea es dura, el ejercicio peligroso pero vital. ¡Cuántos obstáculos afronta el esgrimista en la práctica de su arte!

Los filósofos de la Antigüedad se designan de buena gana como *progreidentes*, como hombres que deben progresar sin cesar. Me gusta esta voluntad lúcida sobre la precariedad de nuestra condición. Para esos hombres sagaces, lo cotidiano resulta un terreno de ejercicio permanente. El momento más insignificante se convierte así en ocasión para fortalecerse. Sin desdeñar el *body building*, griegos y latinos nos invitan, sobre todo, al *soul building*. Ahora bien, las fútiles urgencias del día nos apartan a menudo de este ideal. Y en este punto, ¿no tendrá el débil ventaja? ¿No siente acaso que suspender la lucha es arriesgarse a la caída? ¿Pero cómo reaccionar ante el sufrimiento? ¡No hay receta, no disponemos de instrucciones de uso! Ese arte que se declina en lo cotidiano casi nunca se encuentra en los libros, y menos aún en los modelos que nos infligen los medios de comunicación. ¿Dónde encontrarlo pues?

Deseo una vez más dirigir la mirada hacia aquellos a quienes Schopenhauer⁴ llama los *sociis malorum*, hacia los compañeros de infortunio, nuestros compañeros de prueba: hacia esa anciana con quien nos cruzamos en una esquina, ese vagabundo que escandaliza a los pasmarotes, ese parálítico, ese «majara» que nos instala ya en la compasión, ese vecino gruñón, todos esos individuos intentan mantenerse en pie, «seguir adelante», encontrar su equilibrio, una dinámica, un estado de ánimo que permita la supervivencia.

Pascal, siguiendo a Aristóteles, piensa que tras cada acto planteado por el hombre se encuentra la búsqueda voluntaria de la felicidad. Presente tanto en el bofetón como en la caricia, alienta a cualquier hombre y constituye el objetivo de todas sus acciones. Incluso aquel que desea colgarse hace un «intento»..., busca un sufrimiento menor. He aquí una invitación al respeto. Quien se daña cree, tal vez honestamente, mejorar su suerte, aunque tome otro camino, condenable a veces, comparte conmigo la misma aspiración, la de la felicidad.

A menudo, ese combate alegre, ladrón de tiempo y de energía, parece demasiado arduo, demasiado exigente. Ante tan gran labor, ¿dónde encontrar fuerzas y recursos, en qué basar la voluntad de resistir? La pregunta contiene, ya, un asomo de respuesta. Se trata, en efecto, de la voluntad que se alimenta como una llama. Por una muy curiosa dialéctica, la carencia puede así convertirse en manantial, en un impulso hacia una mayor felicidad. Sabiéndome menesteroso, voy a intentarlo todo para salir de esta. La herida reclama su alegre contrario.

El arte de mantenerse en pie, de mantener el rumbo, supone precisamente un horizonte más feliz hacia el que dirigirse. Lo que mina ese avance no es el sufrimiento, ni el fracaso, sino la desesperación. Dejar de esperar es reconocerse vencido sin ni siquiera haber aceptado el desafío, es hacer vano cada uno de nuestros esfuerzos. La formación de la personalidad exige, como singular punto de partida, un desprendimiento radical: (re)conocerse vulnerable, perfectible, tomar conciencia de que te mueves en tierras inciertas, intentar saber por qué combates... alegremente.

II. De la unicidad del hombre

Soy un anormal. Bastante se ha dicho. Lo he advertido. Los movimientos de los ojos que pasan revista a cada parcela de mi ser me lo comunican: una mirada se clava en la mía, luego baja, precisamente hasta el lugar donde está la prueba que busca: «Es un discapacitado». Recorrido de los ojos, insistente búsqueda del talón de Aquiles, de la debilidad... Lo que percibe la mayoría de la gente es la extrañeza de los gestos, la lentitud de las palabras, los andares que molestan. Desconocen lo que se oculta detrás. Espasmos, rictus, pérdidas del equilibrio, se atrincheran detrás de un juicio claro y cortante, sin apelación: he aquí un retrasado. Es difícil cambiar esta primera impresión, dolorosa, de verse reducido a eso sin poder explicarse. El diálogo es imposible pues lo que procede de un retrasado es retrasado. Así el círculo se cierra, el contacto se hace imposible.

Un nombre basta para calificar la tara: *atetosis*. ¿Esta palabra griega va a perseguirme toda la vida? Esta denominación de origen de la invalidez no tiene efecto para mí, pues es en exceso vasta y poco comprensible. Para otros, un diagnóstico demasiado rápido constituye la pérdida de la libertad. La palabra representa una cadena a la que está unida la existencia, la prisión en la que se encierra a un individuo. El término se hace más pesado que la realidad que pretende designar. Cuando mi vecino desaparece bajo la etiqueta de depresivo, cuando el otro ya solo aparece como el diabético, el viudo o el negro, la reducción que actúa en muchas miradas pesa, magulla la personalidad y abre secretas llagas.

Lo peor es que creí, durante mucho tiempo, que esas etiquetas eran ciertas, que la ecuación: discapacitado = infeliz es una ley establecida, demostrada, indiscutible. Incluso el médico me aseguró que yo no podría, por ejemplo, tener acceso a la escuela ordinaria. La etiqueta, científicamente comprobada, no podía desprenderse. ¡Cuántos diagnósticos tajantes encierran, reducen y condenan toda esperanza!

Ahora bien, la propia fijeza de la sentencia reduce la riqueza de lo real, del ser humano ante el que deberíamos, al menos, asombrarnos, puesto que no nos atrevemos a maravillarnos. Pues la experiencia cotidiana acaba por arruinar, a veces, deliciosamente, esas verdades establecidas. El parálítico al que todos (pre)decían infeliz sostiene la moral de aquel con quien se codea, mientras que la élite intelectual, destinada a una suntuosa carrera, se sume en un malestar sin medida. Y sin embargo «lo tiene todo para ser feliz». El enunciado limita con lo inepto. ¿Acaso la felicidad se confecciona como un bollo? Una pizca de salud, dos cucharaditas de...

¿Habría así fracasados?

El ser humano, creo, se inscribe en una complejidad que obliga al asombro. ¿Realmente

puede definirse con un «depresivo», «rubio», «de pies planos», «negro», «egoísta»? ¿Realmente estas indicaciones nos ayudan a aprehender el misterio que habita en cada individuo? Yo veo en ello, más bien, un peligro. No se trata evidentemente de prohibirse cualquier juicio, sino de evitar la herida que engendran unas consideraciones demasiado apresuradas, de obligarse al menos a mirar mejor, de otro modo... con desprendimiento.

Detrás de las palabras se oculta un ser, una personalidad rica, única, irreductible que el peso de los prejuicios acaba cubriendo con una capa orgullosamente categórica. Ese barniz excluye una aproximación simple e inocente. La silla de ruedas, el bastón blanco, eso es lo que salta a la vista. ¿Pero quién utiliza, con virtuosismo, la silla de ruedas, quién maneja el bastón? ¿Se ve, se desea verlo? ¿Y por qué esos accesorios van a ser, forzosamente, los signos de la desgracia? Esta es también la razón por la que, puesto que debemos desconfiar de las generalidades y considerar al individuo en su verdad (siempre más densa de lo que aparenta), esos signos exteriores impiden imaginar al ciego... feliz.

La reflexión sobre la normalidad me obsesiona hasta la pasión. Me asegura muchos tormentos, muchas heridas. Al principio, ardía en deseos de ser como los demás. Lo habría dado todo para ser por fin normal. Me precipitaba como el rayo fuera del internado para ver, tocar, sentir, conocer a un «individuo normal».

La tradición ofrece un largo abanico de características para distinguir al hombre de las demás criaturas del mundo. ¡Vasto programa! He aquí algunas, estafalarias:⁵ Descartes propone la palabra, el fantasioso Rabelais celebra la risa, mientras que Brillat-Sabarin descubre, en la facultad de destilar fruta para hacer licor, el medio de probar que es un hombre. Beaumarchais sugiere que beber sin sed y hacer el amor en cualquier momento nos diferencia de los demás animales. Finalmente, Valéry escribe que quien sabe hacer un nudo pertenece a la raza humana. Por su aspecto desconcertante, esos intentos de definición tienen, simplemente, el mérito de poner de relieve, no sin humor, las dificultades para definir el ser humano. Según el criterio de Valéry, yo no soy un hombre, tal vez el rey de los animales, pero no un hombre. ¿Y qué podría hacer Descartes con un mudo?

⁵. Extraídas de Léon-Louis Grateloup, *Cours de philosophie*, Hachette, 1990.

Una definición en exceso simplista es, por lo tanto, peligrosa. Determina abusivamente lo que es normal o no y engendra una marginación, incluso una exclusión. Cualquier reducción que circunscribe al hombre negando la unicidad del individuo confunde el accidente y la substancia. Semejante error esconde formas con frecuencia insidiosas. Un sordo me dijo cierto día que estaba orgulloso de ser sordo. Por mi parte, nunca me he sentido orgulloso de mis espasmos, ni de mi discapacidad. Un solo orgullo me habita: ser un hombre con iguales derechos y deberes, compartir la misma condición, sus sufrimientos, sus alegrías, su exigencia. Este orgullo nos reúne a todos, tanto al sordo como al cojo, al etíope y al que tiene un labio leporino, al judío y al lisiado, al ciego y al

trisómico, al musulmán y al sin-techo, a usted y a mí. ¡Somos Hombres!

¿Son todos «casos sociales»?

La expresión asusta. Me he codeado durante mucho tiempo con casos sociales. En cuanto encuentro un espécimen, me pongo en guardia. Ahora bien, una vez conocido el caso, el miedo desaparece. Por lo demás, no puedo sino reconocer que tenemos cierto parecido. Así pues, ¿cómo no decirme: «¡diablos!, seré yo mismo un caso?», ¿y ese vecino con sus extrañas maneras, ese profesor que recita versos en voz alta? He aquí unos casos muy divertidos... ¿Y aquel escritor, aquel artista? La lista es larga... ¿Quién subsistirá?

Cada hombre es, a su modo, un caso, una deliciosa excepción. Y una observación fascinada, crítica luego, transforma a menudo al ser anormal en un maestro en humanidad.

III. Del sufrimiento o el arte de izar las velas

Como preámbulo para sus conferencias, a Paul Valéry le gustaba repetir: «Vengo a ignorar ante ustedes.» Excelente entrada en materia para abordar una reflexión sobre el sufrimiento. ¿Quién puede presumir de dominar algún tema y de producir con su discurso el menor efecto? Las palabras son vanas ante un cuerpo asolado por el dolor, ante un corazón privado del ser querido, ante una soledad sufrida a lo largo de los años. Sin embargo, ante la cuestión del mal que hace estragos, de los tormentos que abruma, de las penas que aplastan el alegre combate no nos proporciona una salida. El *progre-diente*, usted, yo, debe proponer una respuesta o, al menos, buscarla ante lo que desalienta, daña y hiere. ¿Acaso la esperanza que nos motiva no radica, precisamente, en la certidumbre, sin apelación, de que hay que aprovechar cada experiencia y, sobre todo, las más crueles?

Así está hecho el hombre: cada día libra un combate, intenta sobrevivir, hacerse mejor, tal vez. Pero cuántos obstáculos le acechan cuando topa con el enemigo de su progreso, el único quizás: el sufrimiento que, con la desesperación, corroe desde dentro, que extiende sus estragos tanto entre la muchedumbre como en la más aislada estancia. Parece siempre el más fuerte y reviste distintas formas crueles cuya tozudez desarma incluso a la sabiduría más inflexible. Aquí, la noción de mal evoca evidentemente algo más que los pequeños males que la medicina —para fortuna nuestra— barre a golpes de píldora. Además de los tormentos que la psicología pretende aliviar, en unas pocas sesiones, existe un sufrimiento fundamental que pertenece a la naturaleza humana y sigue siendo imparable...

Es posible ocultar este sufrimiento o elegir (a menudo con cierta complacencia) exhibirlo. Sin embargo, su fuerza y su tenacidad obligan a todos a mantenerse en guardia. Afrontarlo de frente parece a menudo imposible. Insensible a los recursos, persiste como una marca indeleble que hace vano el esfuerzo, resiste cualquier intento de borrarlo.

•••

El oficio de ser hombre, el inevitable arte de vivir que cada cual practica a diario —a menudo sin saberlo—, exige por consiguiente muchos recursos, desplegar un ingenio constante para convertir la vida en una victoria, para asumir su condición... He aquí el gran asunto que motiva cada uno de nuestros combates y dirige mi búsqueda. Acepto pues, desde el comienzo, reconocer mi extremada debilidad. Hablar del sufrimiento, peor aún, vivirlo en la propia carne es una prueba temible que el oficio de hombre impide eludir. Una personalidad solo encuentra precisamente su quintaesencia en el virtuosismo que despliega para superar el mal.

Para mantener sano y salvo el impulso que nos anima, es conveniente extraer de lo

cotidiano y de los días malos alguna herramienta fecunda adaptada al fracaso. Esta búsqueda convierte al hombre en un aprendiz prestado, colocado ante una vertiginosa y oscura obligación: hacer de tu vida una obra, forjar una personalidad digna de asumir plenamente la totalidad de la existencia.

Lanzarse a la construcción de uno mismo me coloca ante un abismo, ya que se trata ante todo de ejercer la propia lucidez, de saber sobre qué se construye. Una breve mirada a la condición humana basta, en efecto, para sacar a la luz su carácter trágico. ¿Resignación, entonces?

Ahí, precisamente, se inicia mi reflexión sobre las heridas, los dolores, las angustias, la amenaza que algún día acabará concretándose. Marguerite Yourcenar pone en boca del emperador Adriano una observación que sitúa al hombre: «Cuando hayamos aliviado lo más posible las servidumbres inútiles, evitado las desgracias innecesarias, siempre quedará, para seguir alentando las virtudes heroicas del hombre, la larga serie de los males verdaderos, la muerte, la vejez, las enfermedades incurables, el amor no compartido, la amistad rechazada o traicionada, la mediocridad de una vida menos vasta que nuestros proyectos y más apagada que nuestros sueños.»⁶ Esta es, antes o después, la suerte común, demasiado lo sé. ¿Pero dónde buscar las virtudes capaces de suavizar la dureza de la existencia y cómo forjar el estado de ánimo, el arma para oponer al enemigo?

⁶ Marguerite Yourcenar, *Las memorias de Adriano*, Planeta, 1999.

¿Quizás sea adecuado partir de la única certeza, de la perspectiva de la nada de la que procedemos y hacia la que somos precipitados día tras día? Mientras vivimos entremedio de alegrías, lo trágico nos precede. Negarlo es, en cierto modo, ponerlo en primer plano. Cómplice o adversario, constituye el telón de fondo, la substancia misma de mi condición. Esa advertencia está, evidentemente, muy lejos de contentar a nadie. Pascal lo había visto. Se intenta huir de lo trágico a través de los juegos, de la acción; incluso la actividad más modesta pretende alejarnos de ello: todo antes que comprobar que el hombre, destinado a la muerte, no escapará en absoluto de su parte de sufrimiento. No es necesario llamarse Buda ni haber mantenido la postura de la cobra cada martes por la noche para tomar conciencia de que nada es seguro, salvo la muerte. Heme aquí ante el abismo, solo, sin recursos filosoficoteológicos. ¿Le explicaremos a una madre desolada que la tragedia visita a todas las familias, que todo el mundo pasa por ello? Le traerá sin cuidado y tendrá razón. Ninguno de nuestros males tiene excusa. Y aun cuando la tuviera, ¿realmente nos sentiríamos mejor por ello? Conocer la eventual utilidad del propio mal no alivia en absoluto al enfermo. Saber por qué existe el sufrimiento no atenúa las penas del moribundo, ni las llagas del niño maltratado, abandonado. Incluso teóricamente elucidado, el problema del mal seguiría siendo un drama existencial.

Ante semejante angustia y sin pretexto para el sufrimiento, ¿voy a sumirme en el

nihilismo, a abdicar ante un mundo donde triunfan el sufrimiento y la muerte? Entre ilusión y desengañado civismo, puedo dejar la cuestión en suspenso e intentar vivir — desprendido, tranquilo—, pero mi vida me lo impide. Hay que comprometerse o, al menos, consentir, de lo contrario el exigente combate concluiría muy pronto. Lo trágico está aquí, ¡yo también! Entre ambos, todo debe construirse aún. No hay más elección. Ni modelo, ni solución, ni respuesta prefabricada, ni instrucciones de uso están disponibles. Cada cual va a tuestas, sufriendo fracasos, construyendo sobre sus ruinas.

De lo trágico como fuente

A veces ocurre lo contrario: lo trágico instruye. Quien se codea con él, se forma. La sabiduría fecundada por el sufrimiento, el fracaso o el tormento, alimentada por los obstáculos vencidos día tras día, será sin duda de cierta utilidad. Para que la voz discreta se haga oír, para que vuelva a brotar una esperanza allí donde menos se esperaba hay que estar atento. He aquí pues el primer desafío: modelar una vida, esculpir la existencia en la arena contando también, como guías, con los más extraviados, magullados precursores que, contra toda lógica, luchan, proponen un sentido, frágil, amenazado sin cesar. Le sacan provecho a todo, incluso al sufrimiento.

Este trabajo procede de un realismo frío, cortante. Cualquier vida es frágil, vulnerable, está a merced del primer incidente. Mañana puedo encontrarme clavado en una cama, morir, perder a un ser querido. Una vez nacido, al hombre le espera lo peor. ¿Me tengo que conformar? ¡Ciertamente, no! Esa advertencia sombría pero sagaz solo puede ser propedéutica: debo asumir su sorprendente peso y, luego, intentar superarla.

Para quien se arriesga a renunciar a las ilusiones, la propia precariedad de la vida «corre el riesgo», entonces, de convertirse en una fuente. Sabiendo ya a qué atenerme, me veo obligado a entablar el combate. De nuevo, los más débiles son un valioso ejemplo. Entre ellos, la vulnerabilidad salta a la vista, y no la ocultan, conscientes de que la vida está irremediablemente acompañada por un montón desconcertante de sufrimientos. Obligados a adaptarse, utilizan todos los medios posibles para percibir y construir cierta belleza. Nada puede perderse puesto que todo se ha perdido ya de antemano. Todo lo que construyo, lo arranco, por un momento, del poder del sufrimiento; toda la alegría que doy, la opongo a la tristeza, a la soledad. Nada es grave puesto que todo es grave. Puesto que cada minuto lleva la huella secreta de lo trágico, de la tan cercana muerte, convendrá vivirlo y poner en él fuerza y alegría. Lejos de abrumar, esa advertencia invita a cierta ligereza. No hay ingenuidad, despreocupación alguna en ese estado de ánimo hecho de profundidad.

La ligereza proporciona al aprendiz del oficio de ser hombre una herramienta muy valiosa, una fuerza inédita capaz de dinamitar el mundo. Muy alejada del obtuso optimismo del ingenuo, a menudo hace aflorar soledades o sufrimientos superados. Su naturaleza la despoja de cualquier artificio, la transforma en una alegría que presiente la precariedad de todo. Singular paradoja: muchas «buenas voluntades» comprometidas en alguna obra humanitaria se inician a esta alegría insólita e inesperada por terrenos que solo les anunciaban miseria y desolación.

Quien adopta un ánimo ligero, sutil antídoto de la desesperación, experimenta los peligros de una rechinante revuelta, adivina que el sufrimiento no solo hace vivir a los santos o a los sabios. Volverse ligero es aceptar humildemente el destino tras haberlo intentado todo para erradicar su sombra, afirmar una resistencia donde priman la revuelta y la cólera, es

negarse a que la rabia o el odio acaben alienando la libertad. Ser ligero es, pues, recurrir por fuerza a la alegría contra lo que agria, contra lo que aísla, apoyar al que sufre para que no se atrinchere en su malestar. La ligereza *va contra, se opone a* lo que empequeñece.

Fecundada por el prójimo, puede encarnarse en la sonrisa o en el apretón de manos que dos compañeros de infortunio comparten para expulsar la desesperación. Inspira las palabras de aliento, se propaga en el humor salvador, libera al que lucha contra la angustia, se alegra con el más ínfimo progreso e ignora el resentimiento que no tarda en engendrar el desprecio hacia los semejantes. Cuando la enfermedad, la desesperación se instalan, es muy difícil conservar la confianza, mantener una relación serena con uno mismo; muy pronto, con el sufrimiento, se odia la vida entera. Pese a los envidiosos, los gruñones o los vengativos, el adepto a la ligereza acepta el desafío de acoger la existencia, de embellecerla día tras día. En su camino, la presencia del otro consolida su perseverancia. Entonces, para asumir una dificultad que desarma, se abre y acepta encontrar una ayuda, arriesgarse al encuentro.

La ligereza obliga también a no sumirse en el odio a uno mismo. La fuerza que resiste esta siniestra amenaza ilumina a veces el rostro de los que sufren. Contemplando sus rasgos, se obtiene coraje. Pero el vencedor se encuentra a menudo en el bando equivocado: entonces el mal triunfa y engendra personas heridas, tristes, cerradas, acerbadas.

Sí, hay que postularlo, los cambios de humor y el repliegue sobre sí mismas revelan sobre todo la impotencia de las víctimas. Sócrates decía que «nadie es malvado voluntariamente». Sí, tras la maldad —si se busca bien— se encuentra casi siempre una herida abierta, la frustración del fracaso. Los budistas ilustraron magníficamente esta dolorosa dialéctica de la siguiente manera: cuando un hombre te golpea con un bastón, tú no se lo reprochas al bastón. Te ha golpeado, es cierto, pero él no es el responsable. ¡Reflexiona! El hombre que te agrede no merece tampoco, al igual que el bastón, tu odio, tu cólera. La herida, esa es la auténtica culpable, la que instrumentaliza al hombre tanto como al bastón. El mensaje de esta fábula se aplica muy bien al sufrimiento y constituye una nueva invitación a la tolerancia.

¿Hay algo más ridículo que el miedo a un ratón? Una fobia que se presta a la risa puede destruir, aniquilar al individuo. Vivida interiormente, corre el riesgo de tomar unas dimensiones insospechadas y revelar la soledad del que sufre.

Solo se perciben briznas de la angustia que sufre el otro, del dolor de un enfermo solo se presiente la presencia. Aunque la alegría y la felicidad se compartan fácilmente, el sufrimiento repugna, avergüenza y aísla. Entonces se suma a él otra tortura: ser juzgado, incomprendido, llevar a solas un peso excesivo cuando, más que nunca, una atención amistosa aliviaría el tormento. Ponerse en el lugar del que sufre, he aquí un arduo

ejercicio. Pero es posible, al menos, estar allí, intentar consolar y, sobre todo, abstenerse de juzgar. En el sufrimiento, una presencia, por discreta que sea, supera —y con mucho— los discursos que pretenden dominarlo todo. Una mirada, una sonrisa, una palabra, esa es mi parte en la acción. Difícil tarea la de asistir impotente a la ruina de un ser amado, la de intentar hallar el gesto que reconforta, mientras la desesperación prevalece. La frágil sonrisa, la palabra indecisa, el apoyo arrancado a costa de mil esfuerzos parecen vanos, pero si faltan es que falta lo esencial.

De una gratitud insignificante (o el alegre beneficio ante todo)

Para vivir, el hombre absorbe alimentos, es bien sabido. ¿Pero qué decir del contacto, de los vínculos que nos unen a los demás? En la desgracia, nada es más valioso que la presencia de un ser querido, la atención de alguien cercano a nosotros. Sin ese apoyo, el hombre deja de crecer, se marchita. Pero el trato con los demás —tan fecundo por otra parte— puede constituir un hiriente obstáculo al progreso. Víctima de la burla, de los juicios, de las condenas, el que sufre se encierra para evitar cualquier nuevo ataque. Resentimientos, amargura, soledad, vergüenza, todo acaba secretando un caparazón muy sólido que termina por atrofiar la sensibilidad. «¡Protégete! ¡Blíndate!», este es el grito del corazón herido. Tranquilizado, heme aquí muy pronto autista, bajo un caparazón. En mi *fortaleza vacía*, impermeable a la ternura, permanezco insensible a la herida, a la burla. Al querer huir en exceso de la maldad, la crueldad de algunos encuentros, me privo del afecto, de un consuelo. Al protegerme demasiado de las miradas que condenan y humillan, acabo cerrando también los ojos que aman.

Para aquel que no goza ya de una vida fácil, de la libertad, del estado de ánimo necesario para superarlo, el sufrimiento es solo un atroz perjuicio. Por eso hay que saber contar con los demás para ser capaz, en una situación difícil, de encontrar los recursos necesarios para beneficiarse de ellos. El papel vital del otro en una prueba no puede ocultar sin embargo un primer deber: poner todos los medios posibles para suprimir el sufrimiento.

¡Repitémoslo! El sufrimiento no engrandece, lo que puede engrandecer al individuo es lo que con él hacemos. No hay necesidad de sufrir para realizarse, no hay necesidad de conocer el aislamiento para apreciar la presencia del otro. Eminentes investigadores han gastado tiempo y energía alabando los méritos de la prueba, los beneficios del fracaso. Dicen que es preciso tener las propias experiencias. Es cierto, pero acumularlas no basta. Se corre el riesgo de encontrar en esta retórica una invitación a la huida, un fútil pretexto para infligir pena. Mediante un juego de palabras (*ta pathémata mathemata*: lo que hace sufrir nos enseña), los griegos intentaron forjar una actitud, mucho más sutil, para oponerse a los tormentos, a lo que hiere y destruye. Encuentro en ello una herramienta. Llamada *algodicea*, parte de la siguiente experiencia: no hay nada peor que un sufrimiento gratuito, absurdo, desprovisto de sentido. Mientras que la joven madre olvida alegremente los dolores del parto, mientras el trofeo del vencedor hace desaparecer los arañazos y las agujetas, los sufrimientos gratuitos y estériles no desaparecen nunca. Nos desposeen, nos privan poco a poco de la libertad. Así, frente al escándalo y, sobre todo, frente a lo absurdo de aquello que duele, los antiguos invitan a usar todos los medios posibles para hacer fructífero el momento doloroso. No se trata de correr en busca del peligro, ni de revolcarse en el sufrimiento, sino de aprovecharlo cuando este se impone. Cioran lo ilustra así: «El sufrimiento abre los ojos, ayuda a ver las cosas que no se habrían percibido de otro modo. Solo es útil, pues, para el conocimiento y, al margen de

ello, solo sirve para envenenar la existencia.»⁷

⁷ Henri Bergson, *La energía espiritual*, Espasa-Calpe, 1982.

Nada contradice más la *algodicea* que la plácida resignación de los fatalistas que, ante el sufrimiento de los demás, se tapan los ojos y no hacen nada, de aquellos que, condenando a algunas víctimas, pronto intentan tacharlas de incapaces y olvidan que el sufrimiento pesa, abrumba, entumece. Muy a menudo aniquila. ¿Por qué arrojar el oprobio sobre aquel que se rinde? Antes de acusar a la víctima y afirmar que se complace en el sufrimiento, tal vez convendría comprobar si lo que calificamos de complacencia no se debe, en último análisis, a una desesperación abisal. Prisionero del dolor, es fácil perder la esperanza y la fuerza necesarias. Y todos podemos hundirnos de la noche a la mañana. Podríamos así preguntarnos por qué Primo Levi se suicidó tras haber luchado tanto para sobrevivir. Y también por qué algunos prisioneros de guerra no tardan en hacer, tras su liberación, el gesto fatal. ¿Será posible que la rutina, los vacíos del día a día priven de lo esencial: de saber por qué luchar, conocer su razón de ser? ¿Debe entenderse que un exceso de lucha agota y mata?

Queda el sufrimiento que abrumba, sobre el que el hombre no tiene poder alguno. No lo reduzcamos a vanos discursos. El sufrimiento *en sí* sigue siendo injustificable. Nada enseña al que solo sufre. Aunque sea indecente hacer la apología del sufrimiento, las preguntas permanecen. Aquí, más que antes aún, es necesaria una extremada prudencia. Para salir en busca de respuestas —pero sin correr el riesgo de sumirme en un silencio de abdicación—, ¿es bueno reconocer mi turbación y mi ignorancia? Esta, inmensa, me lleva a dirigir mi mirada a los demás, es un hecho. Si, por fortuna, nadie es *doctor en sufrimiento*, algunos individuos me enseñan más que muchas obras ampulosas sobre el tema. A ellos quiero dirigirles el fabuloso desafío de la *algodicea*. ¿Acaso no lo aplican ya en la vida cotidiana? Cada cual aporta así su sentido al sufrimiento. Para intentar encontrarlo presiento, por mi parte, que solo nada puedo. Necesito pues encontrar las armas que los demás han forjado, tomarles prestadas las herramientas del combate. La soberanía de la alegría pintada en sus rostros magullados por el dolor, ¡he aquí un remedio! Aunque lo tuviese todo, sería un ser inconcluso si esta alegría me fuera extraña. Leyendo a Bergson, encontré una luminosa confirmación: «La alegría anuncia siempre que la vida ha tenido éxito, que ha ganado terreno, que ha obtenido una victoria: cualquier gran alegría tiene un acento triunfal...»⁸ ¿Entonces, la alegría anuncia siempre el triunfo? ¡Paradoja! A menudo se impone, plena y entera, en aquellos que algunos consideran unos fracasados, unos pobres diablos, unos marginados, unos «vegetales», unos enfermos. Entonces la vida ha tenido éxito; allí, en el sufrimiento, en la incertidumbre, la existencia realmente gana terreno. He encontrado mis puntos de referencia, he aquí unos seres que intentan enfrentarse al mal con una respuesta envidiable.

⁸ Henri Bergson, *La energía espiritual*, Espasa-Calpe, 1982.

Ya solo me queda entrar en su escuela. Lo que sorprende, primero, es su realismo. En vez de esconderse en la ilusión, afrontan la realidad de cada día con humildad y humor. Es difícil conservar estas dos bazas cuando todo va mal. Y sin embargo, nada es más valioso. Si hay un nuevo concepto que genere hoy numerosas discusiones, este es el de *resiliencia*, es decir la facultad de salir adelante pese a las adversidades. La *algodicea*, creo, procede de esta fuerza que actúa en los más débiles, en aquellos que la vida ha erosionado. Por lo general, se contempla con compasión a los individuos heridos. Su discapacidad, piensan, les condena forzosamente a la desgracia, su ceguera les prohíbe la alegría, su enfermedad les priva de todo. Pero quien se acerca a ellos, quien da el primer paso tendrá, sin duda, que revisar su juicio. Le aguarda un insospechado estado de ánimo. ¿Por qué no inspirarse en él? Recuerdo encantado el júbilo que compartíamos, mis compañeros y yo. Para celebrar una victoria, cada uno de nosotros aullaba (y la palabra se queda corta). Aullábamos por la carta de un amigo encontrada en el buzón, o por un encuentro, o al recibir una buena noticia. Se equivocaría quien redujera a la puerilidad semejante manifestación de alegría. Se debe sencillamente a un asombro continuo, un sentimiento de agradecimiento.

Cuando se acepta luchar con lo cotidiano, se acaba inevitablemente por desnudarse, pues lo esencial requiere una especie de ascesis de cada instante. La *algodicea* es, en primer lugar, la esperanza exigente de que la prueba que me abrumba no me aniquilará. Debo oponerle una resistencia, proseguir a toda costa con el ejercicio de mi libertad, no dejarme vencer a fin de mantener mi alegría como un arma indispensable. ¡Qué delicada proeza para quien sufre una enfermedad degenerativa o para quien recorre la existencia sin el apoyo de nadie!

Cioran lo vio bien. Aunque el sufrimiento envenene la existencia, también enseña. ¿Pero cómo puedo, a mi vez, practicar la *algodicea*? Los débiles me enseñan que sacar provecho del sufrimiento es, primero, aprovecharse, gozar de la vida. Celebrar lo que le da valor.

•••

Aquel día, me invitaron a una conferencia en una residencia para personas deficientes mentales. Vinieron a buscarme a la estación y me llevaron a la residencia. Me instalé en una habitación. La depresión me invadió. El pasado, los diecisiete años de internado regresaron con fuerza. En el exterior, gritos, risas. No podía evitar la angustia. Salí. Me recibieron unos alegres individuos. Una muchacha me puso las manos en el hombro y me soltó: «¡Qué mono eres!» Sonreí, incrédulo. Bebí una taza de chocolate. Los internos procuraron que al huésped no le faltara nada y desplegaron abundantemente su afecto. Me apacigué. Muy pronto se crearon vínculos. Muy pronto fuimos a lo esencial, abandonando todos los barnices sociales.

Por la noche, hablé de Nietzsche, luego bailamos, reímos. Mi pareja, en su alegría,

rompió uno de sus zapatos de tacón de aguja que solo se ponía en las grandes ocasiones. Se los quitó y volvió a lanzarse de nuevo. La fiesta estaba en su punto álgido. Mi estancia fue transformándose poco a poco. Aquellos hombres, aquellas mujeres que tal vez representan una vergüenza para su familia me enseñaron el júbilo ante la vida, a prestar una sutil atención al otro. El sufrimiento está allí, omnipresente. Pero los internos practican la risa, cultivan la alegría, la amistad. El sufrimiento, allí, estrecha vínculos, obliga a inventar, a encontrar el gesto adecuado, la actitud justa. Fascinado, abandono la residencia. El TGV va lleno de ejecutivos con sus carteras, hombres y mujeres. Atravieso los vagones, tambaleándome a causa de la velocidad. Aquí, todo son malas caras. Advierto que la residencia es una excepción, con sus ritos, sus costumbres, sus prácticas, su vida, sus seres felices por decisión.

•••

Si me siento impotente respecto a mi propio sufrimiento, la ayuda que recibo me invita a prestar atención a las heridas de aquellos con quienes me encuentro. Así, la *algodicea* requiere ese vaivén salvador que es lo único que permite aceptar el último desafío, de actualidad siempre: luchar contra el mal y aprovechar cada instante para progresar. Por eso Nietzsche escribe: «Escucho en el dolor la orden del capitán del navío: ¡*Arriad las velas!* El intrépido navegante hombre debe haberse entrenado para orientar las velas de mil modos, de lo contrario muy pronto todo habría terminado para él y el océano lo habría devorado.»⁹ En *El gay saber*, sin embargo, el filósofo añade que hay «hombres heroicos» que escuchan la orden contraria: alzar las velas.

⁹ Friedrich Nietzsche, *El gay saber*, Espasa-Calpe, 1986.

IV. Del cuerpo

Lo que el cuerpo aprende

Nietzsche vuelve a tener razón... Puesto que tenemos «la filosofía de la propia persona», el cuerpo desempeña un papel decisivo en la construcción de uno mismo y merece toda mi atención. Considerar el cuerpo tras haber abordado el problema del sufrimiento refleja fielmente la experiencia cotidiana: el cuerpo, ante cualquier obstáculo, se muestra de inmediato opresor y denso. Y es que el sufrimiento (que desvela nuestros límites) coloca en el centro de mi búsqueda al cuerpo, noble compañero que, sin embargo, no siempre se me ha mostrado así.

Se impone con fuerza: sede del dolor, dispensador del placer, fundamento del ser, el cuerpo representa una verdadera conquista. Domesticarlo, habitarlo tal vez, he aquí también una tarea concedida al aprendiz que se lanza al ejercicio del oficio de hombre.

Al nacer, cada ser humano hereda un cuerpo, diría Pero Grullo. Con raras excepciones, todo el mundo tiene dos manos, una boca y dos orejas... pero es el cuerpo, precisamente, lo que hace de cada cual un ser único. Nadie se me parece, nadie vive mi existencia. A través de un juego de palabras radicalmente dualista, que solo permite la lengua griega, *to soma estin hemin sema*,¹⁰ Platón quiere convertir el cuerpo en la tumba del alma. ¿Me apoya así el filósofo en mi búsqueda? Por mi parte, quiero referirme al «vegetal», a aquel que *a priori* solo aparece como un cuerpo aprisionado, desposeído de lo que forja la grandeza del hombre. El «vegetal» no habla, no hace nada, yace. ¿Servirá su enigmático rostro de referencia para comprobar si el griego está diciendo la verdad?

¹⁰ Platón, *Gorgias*, Alpha, 1986.

Extrañará sin duda ver que utilizo, para hablar del cuerpo y domesticarlo, el modelo del «vegetal». Empleo ese término en toda su crudeza, pues no sirven los eufemismos para designar a estas personas. La palabra revela también todo el malestar, la incomprensión, el asco que le están asociados. Por lo general, para hacer el elogio del cuerpo se evoca la imagen del deportista o de la modelo. Yo, por el contrario, busco en el «vegetal» lo que fundamenta nuestra naturaleza, descubro en su débil constitución las pistas de una reflexión que permite determinar los prodigios que realiza el cuerpo y discernir la maravilla que representa.

•••

En la cama, unos ojos húmedos están clavados en el techo, el rostro sudoroso e hinchado emerge de las sábanas blancas. Una mano rígida permanece perfectamente inmóvil para no obstaculizar la irrisoria obra del gota-a-gota. En la sala fría, entre los enfermos,

percibo el carácter sagrado del ser humano, del cuerpo que lo constituye. El cuerpo agonizante que la vida abandona a pequeñas e imprevisibles etapas me coloca en una extraña sensación de respeto.

Pese a la fragilidad de la existencia, pese a mi cuerpo destinado, antes o después, a una suerte semejante, siento cómo nace en mí una discreta alegría. Vivo y todavía puedo luchar a favor y contra todo. La carne que vive sus últimas horas, los amados ojos que pronto se cerrarán, esa especie de sonrisa que vaga por un rostro abandonado ya de cualquier fuerza, me enseñan a respetar. El cuerpo no se reduce a un objeto. La sonrisa arrancada a costa de grandes esfuerzos procede de un corazón ya lejano que, antaño, acompañó mis penas y mis alegrías. El enfermo que se dirige demasiado pronto hacia la muerte me lega, como herencia, una temible exigencia: gozar de mi cuerpo.

•••

Un «vegetal» impone siempre al aprendiz que se lanza al estudio del oficio de ser hombre tomar conciencia de la importancia del cuerpo, le invita a dejar de convertirlo en un objeto molesto, y de culto, por otra parte. En una época en que, como afirma el historiador Antoine Prost: «Avergonzarse del propio cuerpo sería avergonzarse de uno mismo», el «vegetal» es un escándalo para la razón. Pero quien se codea con estos cuerpos heridos presiente que el ser humano es su cuerpo, pero que su cuerpo es algo más que él.

No, el montón de carne nauseabunda, los miembros rígidos e inmóviles no resumen al enfermo. No, el individuo no se reduce a la suma de sus actos. Si el «vegetal» no produce nada, si no gana nada, ¿es menos hombre? Juzgar, sin contemplaciones, solo por el rasero de la eficacia inmediata, reduce a la mayoría de los seres débiles al rango de inútiles.

Por otro lado, la vergüenza que rodea al cuerpo enfermo pasa desapercibida muy a menudo a aquel que se ve forzado a gozar de él. Entre amigos, que también sufren una disfunción física, el cuerpo lento o deforme no inspira oprobio alguno. Intriga, es cierto, pero el malestar no se instala nunca, nunca reina la burla. Miembros atrofiados, prótesis, taras, este es su pan de cada día. Ahora bien, en este universo particular, cada uno de estos cuerpos magullados revela una originalidad. Curiosamente, su carácter único invita, una vez más, al respeto, pues cada cuerpo, por defectuoso que sea, pertenece a una conciencia siempre en lucha, siempre dirigida hacia el progreso, a una fuente de la que extraer la fuerza para llevar a cabo un alegre combate.

Y aquí toma el «vegetal» todo su sabor. Cuando su voluntad lo lleva a cien leguas, cuando su pensamiento se eleva hacia irresistibles promesas, su cuerpo permanece clavado, se queda allí. Sin embargo, la sonrisa, el buen humor que no puede divulgar ni una palabra ni un gesto, alaba el cuerpo sin rebajarlo nunca. En contacto con él también

yo comprendo que, tullido a perpetuidad, debo pactar con unas manos demasiado torpes, una voz que produce la risa en más de uno, unas piernas que me impedían antaño jugar con los niños, decididamente demasiado ágiles, de mi pueblo.

¿Cómo no admitir que este cuerpo, incluso estropeado, me asegura excelentes servicios? El «vegetal» me convence de ello por las buenas y de modo definitivo: me alegro y consigo, gracias a él, apreciar lo que vale poder andar, la felicidad de hablar, de abrir con dificultad un tubo de dentífrico o subir a un tren.

Ahora bien, amenaza un peligro: ¿considerarme afortunado no será tachar de infeliz al «vegetal» y no reconocerle así una ínfima posibilidad de felicidad, no ver en su alegría una invitación al júbilo? El ejemplo del ciego que, a causa de su discapacidad, desarrolla un tacto extraordinario es un mal ejemplo: convertir la ceguera en una ocasión de explotar facultades superiores no puede disminuir la pena que semejante privación engendra. Lejos de mí, pues, la idea de celebrar la discapacidad o la debilidad, de gritar en voz alta y clara que la prueba enaltece. Para que engrandezca, ya lo he dicho, se requiere una constelación de ayudas. El miedo a convertirme en un «vegetal» por accidente me atormenta aún algunas noches.

•••

Amar un cuerpo que ofrece mil goces y aceptar uno que revela una clara deficiencia, es algo radicalmente distinto. Un cuerpo que no es como el del vecino intriga y sorprende. La prueba de la mirada —tan dura— invita entonces a tomar atajos, a evitar la muchedumbre, a permanecer sentado, inmóvil... A fin de cuentas, sentado, de espaldas y de muy lejos, no presento, por mi parte, tara alguna. Sometido de ese modo a la mirada del otro, niego poco a poco al cuerpo el derecho a ser distinto. De niño, evitaba el patio de la escuela. Los grupos de adolescentes —tan pródigos en burlas, tan mortíferos para una sensibilidad ya frágil— me obligaban al disimulo. El miedo a ser herido, el deseo de preservarme contrariaban mucho mi libertad, y entonces corría el riesgo de que primara el desprecio del cuerpo. Aquí es donde el «vegetal» me llama al orden. Ciertamente, no elige en absoluto habitar un cuerpo reducido, dependiente; su única elección estriba en el modo de vivirlo. Para él, asumir esta condición es el resultado de un estado de ánimo mucho más sutil, mil veces más audaz que una huida ante las miradas estúpida y bobaliconas.

La atención al cuerpo no puede, sin embargo, reducirse a una estética de la apariencia, a una técnica de autosugestión que pretende sentirse bien en la propia piel. Tales expresiones epidérmicas me producen urticaria. Demasiado a menudo suponen, en efecto, una relación con el cuerpo que tiende a meterlo en un molde, eliminando los puntos oscuros y suprimiendo las diferencias.

•••

Aquel a quien reducimos con excesiva facilidad a un tubo digestivo, es quien, por consiguiente, nos hace matizar ideas asesinas como la de «mente sana en un cuerpo sano». Naturalmente, el proverbio pretende describir un ideal hacia el que dirigirse. ¿Pero qué dice del «vegetal»?

¿Mi modo de ser, mis opiniones no nacen en los recovecos de mi carne? El cuerpo influye en mi visión del mundo. Se piensa siempre de acuerdo con lo vivido, con la propia historia. Incluso la personalidad más etérea sumerge obscuras raíces en la experiencia de un cuerpo, de una carne. Angustias, miedo, deseos, convicciones arraigan en lo más profundo del ser y nacen en el cuerpo, que guarda la memoria de todo. El individuo obtuso, de comportamiento poco loable, el angustiado crónico que se presta a la risa luchan, tal vez, contra viento y marea, para superar una prueba que marca para toda la vida. A mí, modestamente, me queda solo proseguir el largo trabajo que convierte al cuerpo en un aliado fiel, un obrero que trabaja por nuestra felicidad.

Espíritu nacido con un cuerpo sacudido por los espasmos, el «vegetal» piensa. Por una curiosa alquimia, su cuerpo enfermo consigue producir ideas nítidas y desarrollar un estado de ánimo libre de cualquier resentimiento. Puede así superar la revuelta y ejercer una libertad que corre el riesgo de permitirle asumir su precariedad hasta el fin. Cada victoria arrancada al determinismo de la carne herida fortalece el consentimiento del cuerpo librado a los cuidados de los demás. El «vegetal», de un modo singular, se convierte entonces en una suerte de manantial de donde mana, a veces, un consuelo, incluso para aquel que, gozando plenamente de sus facultades, desconoce su valor y su sentido. Nada se opone más a este consentimiento que la pasividad y la resignación. La libertad que actúa participa en la lucha, en una aceptación conquistada con esfuerzo, en una forma jubilosa de «decir sí». Consciente de la dificultad del combate, cada cual busca sus armas. La más hermosa consiste sin duda en reírse de uno mismo, en no prestarse al desprecio de la propia debilidad.

Me parece ver aún ese cuerpo forzosamente dócil, tendido, mientras acaban de asearlo, lo veo soberano en su vulnerabilidad. Los brazos inmóviles, los labios cerrados comunicaban la alegría, la esperanza y la fuerza de todo el cuerpo. Intentaban responder a ello con una caricia delicada, percibiendo muy bien que aprovechamos poco el cuerpo, capaz de expresar lo que ninguna palabra nunca dice.

¿Estaba equivocado Platón?

Como el espíritu, el cuerpo trabaja por la grandeza del hombre.

V. Lo que deforma

Erguido tras un mostrador, recibo la oleada de turistas que pasa diariamente por el collado del Gran San Bernardo. Aquel día, un grupo procedente de Ucrania visita el hospicio y su museo. Una bailarina con el pelo rizado y pelirrojo me regala un silbato de porcelana que mis dedos manipulan con sumo cuidado. El pito de porcelana revolotea y, de pronto, se mete en mi boca. Lleno de alegría, silbo a diestro y siniestro. Llegada la noche, en el silencio, me domina el temor. Noto, alojado bajo mi lengua, un afta. Y recuerdo la advertencia. De niño, tomé conocimiento de la existencia de una plaga que se propaga por la sangre: el sida. Los retazos que mis jóvenes oídos recogieron antaño, sin comprenderlos, me hacen temer lo peor. Soporto la angustia durante todo un año, sin decir palabra. Los días se suceden, los tormentos permanecen. Si aparece un síntoma, por benigno que sea, lo atribuyo a un mal que podría estar actuando en mí.

Finalmente, un anuncio alivia tontamente mi miedo. Marco un número de teléfono. Una voz hastiada responde. Expongo el problema: «Chupé el pito de otra persona y temo por mi salud.» ¿Cómo hablar de la perplejidad de la voz ante el sentido de la palabra *pito*? Disipado vagamente el malentendido, me alegro por la noticia; no tengo los días contados. Disipado el insensato peso de esta angustia infantil, cesa la tortura del doloroso equívoco.

¿Me habrá metamorfoseado el miedo? El ser humano se forma desde las primeras horas de la existencia. Para el pequeño ser arrojado a la existencia, todo es formación, aprendizaje. Se trata de desarrollar las propias facultades para no perecer. Lamentablemente, la búsqueda se detiene a menudo donde comienza la edad adulta. La costumbre se incrusta, los reflejos operan, nos deformamos, estamos deformados... La construcción de uno mismo no escapa a la regla. Ante la complejidad de la tarea, me siento tentado a tirar la toalla, aunque ningún otro combate precisa mayor cuidado. Cada actividad reclama competencia, exige una dura labor. Sócrates —con la insistencia que solo da una ferviente esperanza— invitaba a los atenienses a desinteresarse de las preocupaciones mezquinas para entregarse al verdadero objeto de conquista, el *cuidado de uno mismo*.

Fiel a mi viejo maestro, quiero escucharle y partir en busca de lo que forma y deforma. Cada día, lo presiento, debo construir otra relación con el mundo, aguzar mi mirada, buscar cómo dirigir la existencia para desmentir las implacables predicciones que pueden gravitar sobre una vida deformada por el obstáculo, el temor y la debilidad. He aquí tal vez la última audacia que desvía de los caminos apresuradamente trazados. La tarea que reclamaba con sus votos aquel que iba descalzo por las calles de Atenas depende de una exigencia vital: aprender a permanecer de pie en la adversidad, buscar el medio de establecer vínculos con los semejantes, habitar los instantes hueros de la vida diaria. El ejercicio es duraderamente peligroso.

Arrastrado a un periplo que no he elegido en absoluto, asisto, desarmado a menudo, a los acontecimientos que se encadenan. Encajo muchas veces reveses que hieren. ¿Estoy por ello condenado a un determinismo que haría del hombre el fruto de las circunstancias? ¿Los golpes de la suerte me marcarían, acaso, irrevocablemente? Debo formarme.

Bastan dos seres humanos, al parecer, para hacer un hijo. ¡Tonterías! Se necesitan muchos más. Están los encuentros que intrigan, marcan y muy pronto transforman, las personalidades que fascinan y desorientan al destino. En sus *Meditaciones*,¹¹ Marco Aurelio consigna todo lo que debe a los demás. Larga lista... Para que fuera exhaustiva y fiel, apenas bastaría una biblioteca entera. Bajo la pluma del emperador romano, adivino que el hombre solo se construye en presencia del otro. Antes, al evocar a mis compañeros de combate, sugería cuánto me constituyeron y apoyaron. Cuando la existencia deja de darse por sentada, cuando nada parece evidente, el gran asunto consiste, precisamente, en el uso adecuado de este mundo peligroso y complejo. Observar al otro puede convertirse en un recurso para el que se ahoga en la incompreensión o se pierde en los pliegues de su vulnerabilidad.

¹¹. Marco Aurelio, *Meditaciones*, Debate, 2000.

Cuando la voluntad se quiebra ante la vanidad de mil conquistas cotidianas, una mirada hacia un compañero de combate procura nuevos recursos. El otro, considerado así como un miembro de tu equipo, se convierte en una referencia, no en el modelo que debo seguir a toda costa, sino en un ser que posee una baza que tal vez resulte útil. Encontrar se convierte entonces en la ocasión de moldear las herramientas para forjar una individualidad.

¿Acaso la educación no procede de la absorción? ¿No se basa la verdadera autoridad de un maestro, ante todo, en el singular sentimiento que lleva a desear ser como el maestro? Pero el maestro así entendido no se encuentra forzosamente entre quienes pasan por serlo. Leer a los pensadores contribuye también a la edificación de una singularidad. El autor que descubro coincide con su lector en su humanidad: hablando como Pascal, «no encuentro en Montaigne lo que en él veo, sino en mí mismo».¹² Conoció las alegrías de la naturaleza humana, sus penas, afrontó la soledad, superó el fracaso, eventualmente propuso una respuesta a la muerte. Tuvo un dolor de muelas, lloró la traición de un amigo, temió por su cabeza. De modo que, cuando acudo a él, encuentro a un ser de carne y hueso que, como yo, ha tomado parte en la larga serie de las actividades humanas. En sus escritos, me muestra cómo asumió su condición y me invita a asumir la mía. Me forjo, así, gracias a otros. Uno utiliza un humor que sin duda me gusta, otro goza de una confianza que aprecio. La serenidad de aquel otro me fascina. Todos dibujan el ideal al que aspiro. Agustín me lo confirma invitándome a «convertirme en lo que soy»,¹³ el otro revela mi naturaleza.

¹². Blaise Pascal, *Ensayos, correspondencia y pensamientos*, Ediciones 29, 1996.

¹³. Agustín, *Las confesiones*, Akal, 1986.

Los *trabajadores sociales* ignoran a veces esta paradoja. Hoy, por ejemplo, está bien visto predicar, en los ambientes educativos, la autonomía a toda costa. Este método rompe radicalmente con una educación que asistía a los individuos. Procuramos en nuestros días que la persona sea independiente. De este principio, aparentemente acuñado por el sentido común, algunos deducen, sin matices, que cualquier petición de ayuda, que cualquier confesión de impotencia trastorna y esclaviza, y por eso se alaba con excesiva precipitación a *aquel que se ha hecho a sí mismo solo*.

•••

«La filosofía es hija del asombro»,¹⁴ proclama Platón. Con gran asombro, he tenido que verificar profusamente esta filiación...

¹⁴. Platón, *Diálogos: Teeteto; Sofista*, Planeta-De Agostini, 1996.

Al salir del internado, encontré la extrañeza más inconcebible allí donde solo aguardaba, con todo derecho, la norma. Creía estar formado. Sin duda era solo un deforme entre tantos otros. En primer lugar, la relación con el otro había cambiado. Para adaptarme, me sumí pues en el estudio de los códigos sociales; observaba prudentemente y adivinaba poco a poco las reglas que parecían regir el comportamiento de mis nuevos compañeros. A veces, cuando mi ingenuidad persistía, recurría entonces a un amigo. Así, ante la perplejidad que se apoderó de mí cuando un compañero me confesó haber consagrado el sábado por la noche a «pasar por la piedra alguna palomita», investigué y me enteré, pasmado, de que el *don Juan* hacía estragos con extrañas aves. Evidentemente, la falta de orientaciones ornitológicas influía.

Los «profesores de integración» abordan en sus doctos análisis mil detalles, tan solo olvidan (con una persistencia que les honra) las bagatelas que constituyen lo esencial de las conversaciones mantenidas en el patio de recreo. Muy pronto, pues, se criticaba al excéntrico que gritaba: «¿quién es esa Manola de la que todo el mundo se ríe?», por ignorar los rudimentos, esas naderías que todo escolar debe dominar si quiere ser respetado por sus semejantes.

Viví como un desafío ese período de adaptación en el que el adolescente se deformaba de nuevo. La vida *extra muros* me pilló desarmado, conmovido por mil miedos. Durante mi estancia en el internado, había contraído una especie de enfermedad: la tenaz desconfianza hacia el mundo. Mi traslado a un estudio de la ciudad fue inevitablemente acompañado por ciertas aprensiones. Naturalmente, fue preciso hallar un truco adaptado a todos los obstáculos. Sin embargo, el combate, formativo, se anunciaba con los mejores auspicios, aunque cada dificultad exigiera muchos preparativos... Un buen día, una lata de raviolis arruinó mis esfuerzos. Recalcitrante, la maldita conserva se resistía. Tras haberle asestado golpes capaces de matar a un buey, tras haberme visto reducido a

lanzar el potencialmente sabroso proyectil contra las paredes de la cocina, topé con un doloroso fracaso. Superando mi rabia, llevé el objeto a un vecino, gestión fuera de lugar dado el estado de la lata. Tardamos menos tiempo en tirarla que en abrirla, y me ofrecieron otra rogándome que, otro día, tuviera la bondad de aceptar ayuda. La impotencia me supuso pues una buena comida. Y así nació una nueva amistad.

Un proverbio africano dice: «La mano que da está siempre por encima de la que recibe...» y, erróneamente, me enseñaron a añadir: «... y la humillación no está lejos.» A menudo, los estereotipos, siempre deformantes, hacen estragos. Los malentendidos y los temores complican las relaciones. En primer lugar, nuestra relación con el mundo procede por reducciones. Cada día debo recoger, elegir, seleccionar informaciones en función de lo necesario para vivir. Este trabajo obliga a fijar las prioridades, a determinar las urgencias. No puedo verlo todo, comprenderlo todo ni hacerlo todo. Organizo entonces mi mundo, poniendo etiquetas a la realidad, hasta el punto de que, muy pronto, solo las veré a ellas.

Los antiguos veían en la experiencia el inicio de la sabiduría. Sin embargo, esta nos puede llevar también a reducir al ser que tenemos enfrente a una etiqueta: el extranjero, la ucraniana del silbato, el abridor de la lata de raviolis... Mi historia me ha sensibilizado a ciertas palabras engañosas. Procedo, a menudo, por abreviaciones o analogías, proyecto, deformedo, me pongo en el lugar del otro. El peligro es evidente: atribuir a los demás las características de mi mundo mental. Cada cual es fruto de una historia, de una vivencia particular. En un universo de cojos, el que camina erguido se considera anormal. Todo depende de las referencias de cada uno. Durante mucho tiempo, creí que los niños nacían forzosamente con una discapacidad, visible o no. Me acostumbré, en los primeros minutos, a descubrir el punto débil en mis nuevas relaciones. La deformación actuaba.

Además de la cultura y los prejuicios ambientales, el pasado que nos fundamenta influencia la mirada. ¿Cómo no sufrirlo? Una memoria que nada olvida parece actuar sin que nos demos cuenta, recuerda penas, se acuerda de los llantos. Por eso, al niño que ha sufrido numerosos fracasos le costará plantearse el porvenir. En cada alegría temerá una vuelta atrás. El que lucha cotidianamente desarrolla poco a poco la facultad de prever los golpes y, a menudo, se prepara para lo peor. Las biografías más ricas residen en antiguos fantasmas a los que se trata de domesticar. Esa doma exige un combate sin respiro que corre el riesgo de agotar al individuo, ya de por sí frágil, y le impide sin duda disfrutar del reposo. Es difícil considerar la vida serenamente cuando los reveses de la fortuna han jalonado una infancia. «Al despertar, si me levanto sin preocupaciones, paso los primeros minutos del día buscando un motivo para atormentarme, ya que un día sin preocupaciones me da miedo.» Así hablaba un amigo inquieto. Los fracasos crean seres que se mantienen al acecho sin cesar.

Dime cuáles son tus preocupaciones y te diré si dispones de una confianza primitiva. Para desprenderse poco a poco de su madre, el niño debe gozar de una confianza que le

permita afrontar los miedos y lanzarse al descubrimiento del mundo. Más tarde, en la escuela, el niño se esfuerza, no solo para progresar sino también para ganarse una atención benevolente. ¿Para qué superarse si el progreso los deja indiferentes? Todo está así ligado al gran motor: el afecto. Un interno crónico de una institución se expresaba por medio de pictogramas. Privado del uso de la palabra, señalaba con un dedo del pie pequeñas señales que constituían su lenguaje. Entre los centenares de casillas disponibles, podía leerse: médico, logopeda, fisioterapeuta, ergoterapeuta..., yogur, siesta. Un observador sensible habría advertido enseguida una cruel ausencia: «papá», «mamá» no aparecían en la pizarra que debía proporcionar las herramientas destinadas a expresar el mundo. Tras ese pequeño ejemplo se oculta un extendido drama: afrontar un mundo privado de afecto.

Hoy, mientras se suele recordar que el profesional de la educación debe mantener una distancia llamada terapéutica y presuntamente fecunda, bueno es celebrar los mil beneficios del afecto. Imagino el dolor, la extremada angustia de un niño cuya única perspectiva es el internado, la residencia a perpetuidad. Si mantienen la distancia terapéutica, los escasos humanos que lo rodean le privan de lo esencial, del *alimento afectivo* a partir del que se desarrolla una personalidad. Semejante privación marca a un individuo y lo impregna de por vida. El pasado acaba entonces convirtiéndose en un peso, un conjunto de reflejos que programan, desnaturalizan y deforman la personalidad.

Cuando la soledad, la desconfianza y la angustia reinan, el mundo adquiere un tinte funesto que solo un largo trabajo de re-formación consigue disipar poco a poco. Entonces, entrar en la escuela de la vida significa despojarse, zambullirse en el pasado para sacar de él mil enseñanzas, dejar allí el fardo del fracaso, el peso de las traiciones. Es conveniente reconsiderar las debilidades con una exigente indulgencia. Así, tras haber repasado lo que antaño aprendieron nuestros jóvenes oídos, sopesado todos los valores para conservar solo los que engrandecen, apreciado con admiración las sorpresas y las riquezas que pueblan un corazón, tal vez estemos dispuestos a saborear las alegrías y a afrontar las penas con una ligereza formativa.

VI. Mi semejante que me quiere distinto

Sin el otro, no soy nada, no existo. El *prójimo* me constituye de la misma forma que puede destruirme. Tras la palabra, pomposa, mancillada, se ocultan mil rostros y sonrisas, una multitud de posibles relaciones. Aunque estoy solo en lo esencial —sufro solo, moriré solo—, la presencia del otro jalona mi existencia.

Merleau-Ponty¹⁵ subraya la huella que el hombre deja en el mundo: ¿adónde ir para que mis oídos puedan vaciarse de los rumores humanos? Su huella está en todas partes: una botella vacía, raíles de ferrocarril, todo recuerda la omnipresencia del otro, de mi semejante. ¿Semejante? De nuevo la misma paradoja: el otro es mi semejante. Y sin embargo, un abismo nos separa. Visto, clasificado, catalogado como *anormal* por la mirada de los pasmarotes, siento con intensidad el fenómeno. Siempre he aborrecido los eufemismos: «Jollien es distinto.» «Distinto», ¿acaso la palabra solo acompaña las taras?

¹⁵ Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Altaya, 1999.

Un pez tuvo antaño la singular idea de abandonar las aguas primitivas. Podemos imaginar la mirada que dirigieron al prototipo los demás peces, conservadores, para quienes la confortable agua representaba la tranquilizadora y única mar patria... El progreso vio pues la luz gracias a un pez muy poco ordinario, una extravagante especie de patito feo de los océanos. ¿Qué pensar de esos descubrimientos fortuitos debidos a la exuberancia de algún excéntrico, expulsado muy a menudo de la sociedad? Me gusta pensar que, con su lote de dolores, la diferencia engendra sabios inventos. Por poco que se asuma, adquiere un valor heurístico. Hacerse cargo de la marginalidad, considerarla una tierra fecunda contra un conformismo reductor, promover la diferencia sin exacerbarla..., todo ello no podría sin embargo ocultar la penosa realidad, la de sentirse, a causa de una tara vivida en la propia carne, marginal ante la mirada del prójimo. Caer en el anticonformismo, por ejemplo gritando en voz alta y clara, como oí un día: «¡Es estupendo ser ciego!», ¿no supone dar la razón, precisamente, a quienes desean encerrar en guetos la diferencia? ¿No será ocultar que la diferencia puede ensanchar nuestra visión del mundo, a menos que no se creen vínculos entre los individuos?

Me lanzo a soñar en miles de puentes tendidos entre las distintas marginalidades. Recuerdo a aquel ex toxicómano que cuida hoy niños enfermos, vuelvo a ver sus gestos amplios y delicados, la profundidad de sus ojos que reflejan la alegría. Los universos se acercan, las barreras caen poco a poco, dos individuos doloridos se descubren semejantes ante la diferencia.

...

El encuentro con el otro reviste múltiples formas que se embrollan, se superponen, se contradicen: ver al otro como si se visitara el zoo o ir a descubrirlo como se explora una

ciudad desconocida. He conocido el zoo. La diferencia exagera la reacción: execrable compasión, curiosidad malsana, prejuicios, temores, todo acaba haciendo la relación con el prójimo tan artificial como dolorosa. Me enteré incluso de la existencia de una especie de museo, en alguna parte de Italia, que antaño exponía a gente coja, desfigurada y enana. Realmente, el impulso que *a priori* nos lanza hacia el otro se debilita de muchas maneras distintas. A veces, la desconfianza lo quiebra, sobre todo cuando la convención o el disimulo pesan con su inerte reticencia. Cuando llega el encuentro, mil miedos, mil intereses entran en juego. ¡Qué trabajo para restablecer la autenticidad, para que las máscaras caigan! Muy a menudo, se trata de romper el hielo, de enfrentarse, de imponer un desmentido a la primera impresión.

•••

En la calle de Rennes intento en vano tomar un taxi. Los conductores reducen la velocidad, observan al eventual cliente y luego vuelven a acelerar. Tras una larga y estéril espera, decido cambiar de estrategia. Saco un billete de banco arrugado y lo muestro febrilmente. El cebo resulta eficaz al instante. Un Mercedes me abre la puerta. Indico mi destino. El conductor no suelta palabra. Me examina por el retrovisor. Para matar el tiempo, leo *Les Propos sur le bonheur* de Alain. «¿Sabes leer?», dice. Asiento. El taxista cambia de cara y pronto pregunta mi oficio. Contesto, para resumir, que estudio filosofía. Se lanza entonces a una extraña confesión, me confía sus problemas familiares. Incluso exige consejos. En diez minutos, la mirada del prójimo me había otorgado el estatus de retrasado mental, y luego el más espinoso de... consejero conyugal.

La dureza de ciertas miradas obliga a poner todos los medios para comprender lo que se oculta tras unos ojos crueles. La alteridad —que casi siempre se impone— obliga hipócritamente a desarrollar muchas estrategias para no dejarse aniquilar. Hacer la compra, atravesar el patio de una escuela, todo se convierte en terreno de entrenamiento, en campo de observaciones y descubrimientos. La prueba de la mirada no es siempre fácil de vivir; con demasiada frecuencia representa, incluso, un drama, y liberarse de ello sigue siendo, tal vez, el más delicado aprendizaje.

Cuando estoy solo entre la muchedumbre, cuando mis movimientos producen risa, comprendo cómo determina la mirada. El otro se me impone. Su presencia se convierte en un peso. ¿Cómo cambiar los ojos que brillan de burla, cómo tolerar que el prójimo invada mi vida reteniendo solo mi aspecto risible? Los ojos que veo por primera vez me espían, se hacen enemigos; aunque no me conozcan, revelan sin embargo la parte de sombra ya familiar, aceptada y constantemente superada por mis amigos.

La experiencia de marginal, la obligación de ser el que revela la diferencia, de ser aquel al que se clasifica como anormal, resumen la compleja problemática. Durante toda su vida debe intentar asumir la particularidad, convertirla en una baza tal vez. Pero la mirada del prójimo pesa siempre y corre el riesgo de convertirle en un verdadero «tarado» social. E

imperceptiblemente, en la diferencia o, peor aún, en la discapacidad, se injertan las dificultades insuperables: el prójimo, fundamento de mi vida, se convierte en un obstáculo, pega sus etiquetas cuyo efecto nefasto hiere por largo tiempo. Si el filósofo Alain tiene razón, si nos apresuramos a parecernos a los retratos que los demás hacen de nosotros, ¿cómo el enano va a considerarse igual al otro en un mundo donde todo grita su «pequeñez»?

•••

El discapacitado abre una puerta a la condición humana. El que, con una intensidad sin par, se ve obligado a aguantar las miradas de los demás, muestra al común de los mortales las llagas que envenenan sus relaciones con el prójimo. Además de la compasión, sufre la infantilización: preséntate tambaleando en un restaurante y, por poco que te muestres con el aire ausente que dan los movimientos bruscos, te tutearán; preguntarán el menú que has elegido a la persona que te acompaña; con discretas atenciones, la felicitarán por su disponibilidad o su abnegación, dando por hecho que es un trabajador «social».

Semejante humillación, repetida y vuelta a repetir, secreta la desconfianza que, muy a menudo, encierra y convierte en sospechoso incluso el más amistoso de los tuteos. No, los hombres no son todavía iguales al modo de ver de la sociedad, pues algunos discursos persisten en colocar al pobre, al discapacitado, al enfermo entre las filas de los infelices. Ahora bien, yo que soy sencillamente incapaz de golpear uno de esos malditos balones que se disputan en un campo de fútbol, me niego a marcarme un autogol acusando a la sociedad. ¿Quién soy para juzgarla? ¿Acaso no formo parte de ella?

Hay que combatir la idea que, automáticamente, da a entender que cada discapacitado vive una suerte poco envidiable. A eso deben contribuir los miles de diferentes que, molestando y trastornando a los indiferentes, se ven obligados a asumir su fragilidad con alegría y perseverancia y saben también sentir júbilo ante la vida.

Pensándolo bien, ¿no escapa el ser humano, por su naturaleza, a cualquier definición y cualquier norma? ¿La belleza de cada individuo no reside, precisamente, en su singularidad? Cuento a menudo que, al salir del internado para «seres distintos», me entregué a un juego apasionante, una especie de insólita búsqueda: quería descubrir por fin al ser humano normal. Como mis compañeros sin duda no lo eran, imaginaba interiormente que, para capturar el objeto deseado, tendría más oportunidades en el exterior... Hasta hoy no lo he encontrado. Sin embargo, permanezco al acecho y estoy dispuesto a examinar cualquier candidatura con la divertida seguridad de no alcanzar nunca mis objetivos.

Tras ese descubrimiento de la deliciosa anormalidad de los hombres, es conveniente — como he deseado más arriba— no caer en el anticonformismo sistemático y mostrarse

constante. Liberarse de la mirada que hiere exige, en efecto, una confianza en uno mismo que es difícil de adquirir y corre el riesgo de extinguirse muy pronto ante las miradas insistentes. ¿Qué hacer para protegerse? ¿Mostrar un completo estoicismo, refugiarse tras armadura y escudo, permanecer indiferentes a nuestros congéneres? El repliegue o la huida, remedios placebo para la humillación, generan un mal mucho mayor que la herida que deberían curar. Así, ya lo he dicho, quien huye de las burlas se aísla y se priva muy pronto de las sonrisas que aman, de los brazos que se tienden. Tampoco aquí hay solución alguna, ningún antídoto milagroso para el problema. El combate sigue inconcluso. Cada día debo afrontar los juicios en exceso apresurados y ponerme en mi sitio. Tras veintiséis años de carrera, no me acostumbro a las miradas que hieren ni me decido a practicar, también yo, la indiferencia.

La amistad, privilegiada relación con el prójimo es, entre las herramientas existenciales, sin duda la más dulce. Sal de la vida para Aristóteles, proporciona consuelo en la adversidad. Pero la amistad es exigencia. Lo espera todo del amigo, pone todos los medios para que se vuelva mejor. El amigo ofrece una escucha benevolente, prodiga consejos y apoyo, salva y rompe las soledades, porque los buenos compañeros se alegran juntos. La prueba debiera de encontrarles unidos. Ahora bien, ¿es fácil dar un buen consejo a otro! Pero llega una dificultad en nuestra vida y la sabiduría amistosa corre el riesgo de perder su sabor. Es difícil comprender el sufrimiento del amigo sin minimizar el dolor que le corroe. En unas de sus cartas a un joven poeta, tras haber prodigado fecundas palabras de aliento, Rainer Maria Rilke reconoce con sorprendente profundidad: «No crea usted que quien intenta consolarle viva sin esfuerzo entre las palabras sencillas y serenas que a veces le hacen bien. Su vida conoce tantas penas y tristezas que le dejan muy atrás. Si fuera de otro modo, nunca habría podido hallar esas palabras.»¹⁶ Por qué esa advertencia, si no por una razón paradójica: el que sufre no debe creer, sobre todo, que el amigo que le consuela es, en el fondo, incapaz de comprenderle. La exigencia se une aquí al respeto y la comprensión. El amigo exigente no condena en absoluto la caída, al igual que no tolera la resignación, pero quien le escucha debe esforzarse en creerle. Curiosa creencia. Singular exigencia que actúa, discreta y confiada, que ayuda a asumir el peso y la riqueza de lo que nos hace diferentes.

¹⁶. Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza, 1997.

VII. El oficio de ser hombre

¡Qué consagrado oficio el de ser hombre! Alegre y austero, exige una peligrosa inversión de todos los instantes. No puedo describirlo en pocas líneas. Semejante intento se debería a una gran ingenuidad. Pero he intentado a tientas encontrar las armas de un combate.

Mi incompetencia me ha obligado a tratar sobriamente un tema tan vital, tan urgente sin embargo. La dificultad reclama una movilización general: la existencia y sus reveses no aguardan. Mientras concluyo la obra, la complejidad del oficio se me aparece con vertiginosa claridad. ¿Cómo no sentirse abrumado?

•••

El combate y la alegría que brotan de una herida asumida cotidianamente invitan a recomenzar sin cesar, a renovar el esfuerzo, a ponerse de nuevo en marcha y a construir sobre la debilidad. Muchas veces, la creemos vencida. Queremos apresurarnos y pasar página. Pero las heridas reaparecen y atraviesan la existencia. Y debo combatir contra el espíritu de pesadez. Esa gangrena interior querría seguir modelos..., agarrarse a las falsas certidumbres, pretender dominarlo todo para evitar el temor que inspira ese eterno combate.

Qué oficio, el de ser hombre, debo ser capaz de combatir alegremente sin nunca perder de vista mi vulnerabilidad ni la extremada precariedad de mi condición. Debo inventar cada uno de mis pasos y, fortalecido por mi debilidad, usar todos los medios para encontrar los recursos de una lucha que, lo presiento, me supera sin, no obstante, aniquilarme.

«Los espíritus valen de acuerdo con lo que exigen. Valgo lo que quiero.»¹⁷ Paul Valéry viene a socorrernos aquí recordando la importancia de la voluntad. La voluntad mantiene el rumbo, da fuerza para desarrollar nuevas estrategias, en resumen, impide abdicar. Sin ella, ni combate ni victoria, ¡caso resuelto! Sin embargo, las dificultades no desaparecen, ni mucho menos. Las heridas acumuladas agotan y suelen encontrarme desamparado y desarmado. Requerida hasta el extremo, la voluntad se marchita, puede morir. Voraz, deja —sin alimento— de ser motriz. Exigencia temible, penosa rutina, hay que luchar, siempre.

¹⁷. Paul Valéry, *Estudios filosóficos*, Visor, 1993.

Lo trágico de la existencia recuerda que deben celebrarse las ocasiones de sentir y dar júbilo. Ofrecer alegría donde se imponen, por ventura, la compasión y la tristeza. Luchar por la vida, no macerar en el desprecio. Apoyarse en las mil pequeñas alegrías de nuestra condición. El oficio de ser hombre, grave tema, austero a veces, reclama un compromiso

constante, una ligereza que echa una mirada nueva al mundo. Mirada despojada de cualquier artificio, de cualquier regla, salvo, tal vez, el precepto de Chamfort: «La más perdida de todas las jornadas es aquella en la que no se ha reído.»¹⁸ La risa se convierte aquí, con la alegría, en el alma que oponemos al desaliento. A diferencia de la burla, la risa une, reúne, hace más fuerte.

¹⁸. Chamfort, *Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas*, Península, 1999.

Última audacia, la risa quiebra la rutina y pone a distancia la prueba. En el internado, la ausencia pesaba, los interrogantes también. Los días traían mil dificultades. Pero ninguno de ellos, según el criterio de Chamfort, estaba perdido. ¡Muy al contrario! La vida se hace dulce gracias al humor. Reír y combatir salvaban nuestras vidas. ¿Y si ambos fueran juntos, y si no pudieran prescindir el uno de la otra?

Ante el esfuerzo, cuando todo reclama una insensata labor, una sola certidumbre persiste pues: contra todo, con humor, la llamada del oficio de hombre se hace insistente. ¡Al combate pues, ya que todo debe construirse con ligereza y alegría!

A la memoria de mi padre

Sobre el autor

Alexandre Jollien, hombre, escritor y filósofo, como a él le gusta que se le defina, nace en el cantón de Valais (Suiza) en 1975, estrangulado por el cordón umbilical, lo que le dejará discapacitado de por vida. Tras pasar diecisiete años en una institución especializada, empieza sus estudios en el instituto en 1995, hasta que un libro que resume el pensamiento de Platón y que cae por azar en sus manos le hace decidirse a estudiar Filosofía en la Universidad de Friburgo, donde se licenciará en 2004, y también en el Trinity College de Dublín, donde aprenderá griego antiguo.

Con la filosofía, Alexandre Jollien descubre un proyecto de vida: la necesidad de asumir la discapacidad y la búsqueda de la sabiduría, con el objetivo de eliminar el miedo y el odio de su vocabulario, vivir el momento presente y encontrar la paz. En vez de reivindicar el derecho a la diferencia con el que había sido educado, considera que hay que asumir la propia singularidad construyendo la propia vida como una obra de arte.

Así, tras la publicación de un primer libro, *Elogio de la debilidad* (1999), relato autobiográfico escrito en forma de diálogo con Sócrates, en el que explica su experiencia vital como parálisis cerebral y que alcanza enseguida un enorme éxito, Alexandre Jollien escribe *El oficio de ser hombre* (2002), *Elogio de la felicidad* (2006) y *El filósofo desnudo* (2010), con más de 100.000 ejemplares vendidos en Francia, y de próxima aparición en esta misma colección.

Casado con Corinne y padre de tres hijos, se dedica a escribir, a dar conferencias y a participar en eventos relacionados con el tema de la discapacidad.

Para saber más sobre este autor, visitar su página web: <www.alexandre-jollien.ch>.

Colección Con vivencias

8. El oficio de ser hombre

Título original: *Le métier d'homme*, Éditions du Seuil, 2002

Traducción al castellano de Manuel Serrat

Primera edición en papel: octubre de 2011

Primera edición: noviembre de 2012

© Éditions du Seuil, 2002

© De la traducción: Manuel Serrat Crespo, 2003

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

octaedro@octaedro.com - octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-9921-338-5

Depósito legal: B.28.220-2012

Fotografía autor: © Stéphane Etter

Diseño de la cubierta: Tomás Capdevila

Fotografía de la cubierta: Tomás Capdevila

Realización y producción: Editorial Octaedro

Digitalización: Ediciones Octaedro

con vivencias

Fragilidades

Una
aproximación a
la inconsistencia
de lo humano

José M. Asensio Agullera

Octaedro 



Fragilidades

Asensio Aguilera, Jose M^a

9788499218083

196 Páginas

Por lo común no solemos tomar en consideración las potenciales fragilidades del ser humano a la hora de pretender traducir en acciones los proyectos de orden social, político o personal que concebimos. Se tiende a pensar que todos ellos vienen avalados por una plena racionalidad, una no menor autonomía de las personas y el convencimiento de que está al alcance de nuestras posibilidades su exitosa realización. Una y otra vez, sin embargo, la experiencia del vivir y los acontecimientos recogidos en la Historia vienen a confirmar lo contrario.

Especialmente en un mundo tan complejo y propenso a los desequilibrios (sociales, económicos, medioambientales, etc.) como el actual, urge conocer cómo se generan las fragilidades que pueden explicar los recurrentes conflictos que generamos y que muchas veces inciden de manera trágica en la vida de las personas y los pueblos.

Las reflexiones del autor de este libro pretenden contribuir a la comprensión de esta problemática y a proporcionar elementos de juicio a quienes, desde el ámbito de la política, las instituciones sociales, la educación, la jurisprudencia o la psicología, inciden en los comportamientos y las valoraciones de las personas, sobre las cuales ejercen unas u otras influencias.

Índice

La fuerza del débil	11
Prólogo	14
I. De un alegre combate	15
II. De la unicidad del hombre	22
III. Del sufrimiento o el arte de izar las velas	26
IV. Del cuerpo	36
V. Lo que deforma	40
VI. Mi semejante que me quiere distinto	45
VII. El oficio de ser hombre	49
Sobre el autor	52